

César Sánchez

HUELGA DECIR

HUELGA DECIR

gráficas de brazos caídos



**HUELGA
DECIR**
gráficas de brazos caídos

César Sánchez

contenido

06 Presentación

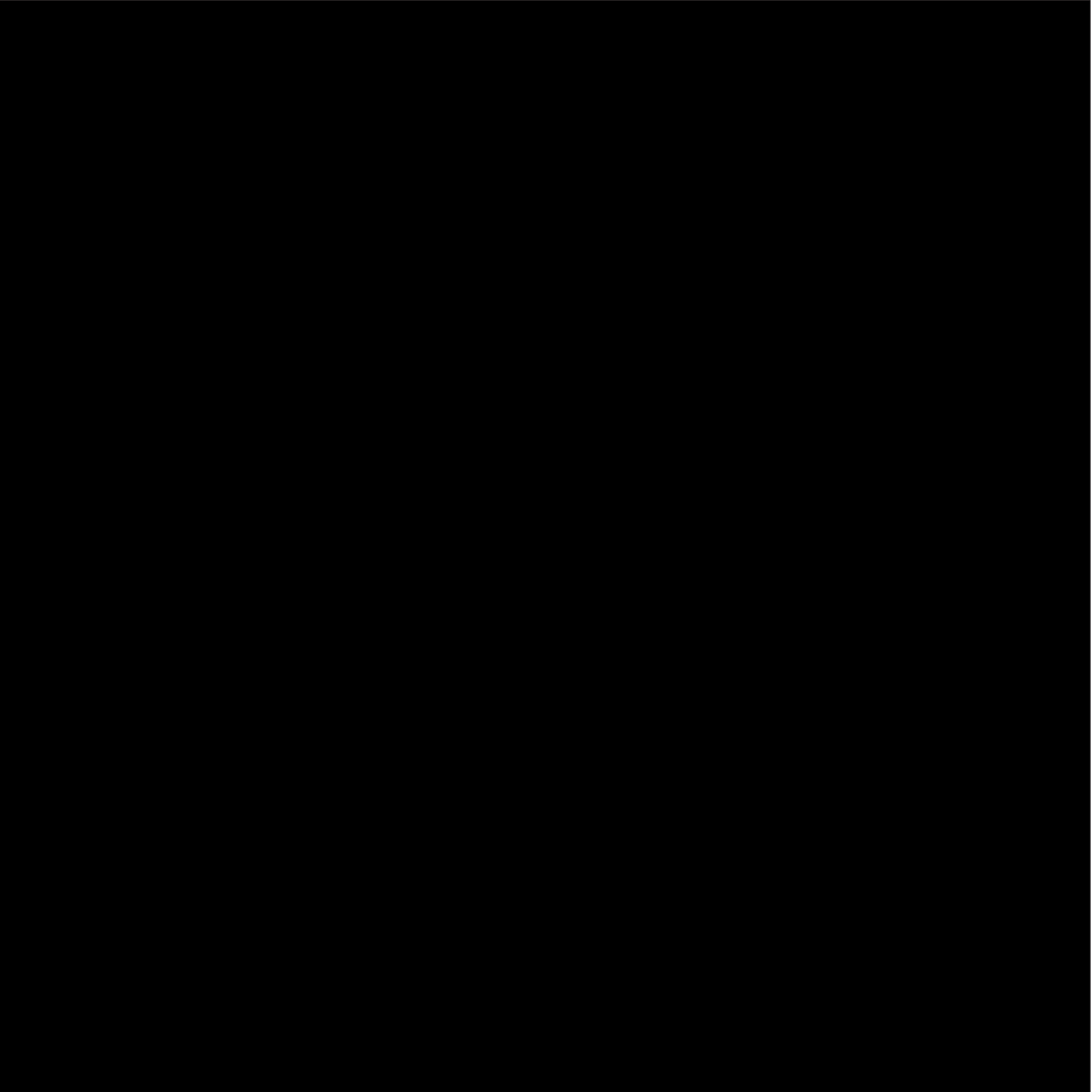
08 consideraciones

14 huelga (texto)

32 huelga decir, gráficas de brazos caídos

55 semblanza del autor

57 bibliografía



TE VA MUY BIEN
TU SERVILISMO
VOLUNTARIO

presentación

consideraciones

huelga

Fatigados por la dificultad de encontrar el reposo nocturno, en la antesala del sueño reparador, repentinamente nos embarga una sensación que nos sacude al sabernos de nueva cuenta solos, entre el vacío inconmensurable y las heridas ignominiosas que nos provocó el final de otro día plagado de realidad controlada, de incertidumbre económica, de tensiones y riñas instituidas desde el preciso momento en que, vencidos por nuestras inclinaciones sensuales, elegimos dar cauce legítimo y preferente al lóbrego y nefasto sentido de pertenencia. Sumidos en la almohada, no conseguimos discernir la fase delirante en la historia cuando, cual si fuese mandato divino, se juzgo que ese sentido frenético sería una buena elección para fundar una sociedad mejor y, como penitencia a nuestra concupiscente elección, al tiempo, estaríamos firmando nuestro evangelio laboral. Intentamos acurrucarnos, un aire tenue seca el sudor que corre por nuestro cuerpo descubijado, giramos horizontales sobre nuestro mismo eje cuantas veces nos abruma repensar que esta elección fue la que nos condenó a instituir el trabajo como culto, a correr el riego de ser desechados, al final de nuestra vida laboral, cual bagazos completamente exprimidos e inservibles, listos para esperar la muerte.

**PARA LO
ÚNICO QUE
SERVES ES
PARA
TRABAJAR**

Tumbados en nuestro lecho, nos damos fuerzas para imaginar que éste puede ser un buen continente para reconstruir y recrear nuestras esperanzas —si es que eso nos diera fuerza—, para soportar los nefastos rituales consumistas del día por venir —si es que eso nos diera fuerza—, para resignarnos, aun sabiendo que, mientras que dura nuestro breve lapso de supuesto ensimismamiento revitalizador, la maquinaria sistémica postindustrial sigue su marcha cual manada de elefantes en busca de su mejor hábitat; lentos e indestructibles. Puede que nos reconfortemos en el descanso —con una gran dosis de expectativas, creemos que lo hacemos—, mientras que ellos siguen su marcha acelerada, sigilosos aún cuando dormimos.

Amanece. Creemos despertar. Dejamos atrás nuestra blanda trinchera, territorio que nos absorba y desde el cual creemos nacer a un nuevo día ¿A un gran día, quizás?. Apenas cobramos conciencia, fijamos nuestra atención en la pantalla del televisor y nos compenetramos con su “gran selección de temas”; los que le importa nos enteremos, de los que nos obligan a saber. El formato, ahora por todos conocido, es el dictaminador, el gran administrador del gusto y de la (in)formación. Fingidamente incrédulos, nos vestimos de él, salimos a la calle llevándolo puesto.

Sentados en torno de la habitual mesa matinal familiar, el acostumbrado repaso obligado de los faltantes domésticos y las necesidades familiares no se hace esperar, así como uno que otro deseo que, impulsado por el afán de poseer miserias

del mercado semiótico, proyecta y caracteriza los afanes fatuos del familiar deseosos. Si bien va, un café llenará las expectativas de un desayuno, más ver que nuestras familias coman lo poco que hay en la mesa será una ganancia. Salimos de casa rumbo a enfrentar otro día más de trabajo. En nuestro estomago, bien colocados, queda estacionado el listado de faltantes domésticos y los deseos familiares a surtir con nuestro mísero salario y en un lugar muy especial, todos nuestros pendientes laborales, los que hacen sede propinando oportunos sinsabores digestivos. Ante tal situación, el deseo de estar postrados, de nueva cuenta, en nuestro lecho nocturno reaparece como paraíso mental imaginario, como atributo de escape a la angustia, donde nuestra almohada se erige como arma para esgrimir, cual si fuera un artefacto efectivo en favor de nuestra emancipación laboral. Nos detenemos, meditamos... Un sobresalto nos sobrecoge al advertir que, entre más tiempo pasamos en nuestro lecho nocturno, más nos alejamos de la duda, la certeza respecto a nuestra vida se acrecienta, las acciones personales se definen. Un fulgor atávico cruza nuestras mentes... Inesperadamente nuestro sentido de responsabilidad se interpone, continuamos caminando rumbo a nuestro destino laboral. Paso a paso, se acrecienta esa batalla interna ¿Se trata del bien contra el mal? ¿De el estar bien contra el sentirnos mal? O es la simple contradicción entre querer trabajar para vivir y no vivir para trabajar. Una avalancha de emociones nos sobrepasa ante tal conflicto, la culpa toma ventaja en medio de ésta marasmo de sensaciones; culpa por dudar en



el cuerpo social II, fotomontaje digital

cumplir sacrosantamente con nuestro trabajo, culpa por no querer cumplir con nuestras *única obligación en la vida* —dictan los escribas de la religión del capital—. Sin embargo nos esforzamos por establecer parámetros de discernimiento razonables entre nuestras emociones en pugna. Nos paramos en seco... Por un momento, nuestra vista queda presa del ritmo decoroso que imprime el cantoneo del caminar de la masa que se dirige a cumplir con otro día más de trabajo, nos atrapa la energía que irradian a cada paso de ese ritmo singular, de ese ritmo que en apariencia transmite gran sentido de responsabilidad y de confianza en su destino. Ese efecto cadencioso atenúa nuestra batalla interna. Una decisión está tomada, cual si fuera un axioma de creación espontánea. Con gran mediocridad decidimos que, el camino correcto consiste en seguir sometidos al barbarismo laboral de cada día, expuestos y vulnerables a cualquier ocurrencia de la institución gubernamental. Tan vergonzosa conclusión nos instruye a no voltear la vista, a no desandar lo *madurado* —dicen los grandes especialistas de la motivación— pues sería necio, incivilizado y, sobre todo, una gran pérdida de tiempo-producción, perderse en explorar la disyuntiva dicotómica de origen.

Iniciamos un día más de trabajo. Nuestra tensión va en aumento ¿lo estaré haciendo bien?; ¿ya llegaría el patrón?; ¿a qué hora saldré hoy? Serie de preguntas que sólo advierten temor y sumisión, inseguridad y desgaste anímico. No estamos ciertos de nuestros sentidos, nos aturdimos

ante la más mínima amenaza emitida en contra de nuestro desempeño laboral. Al mínimo descuido del supervisor, hacemos un alto en lo que nos ocupa, si es que lo permite la disciplina que nos impone la máquina... Un estupor nos abochorna, sentimos la necesidad de transmitir nuestro lastre cotidiano, cual deseo que se hace necesario, más compartirlo se nos dificulta, pues hacerlo implicaría dar a conocer a todos los compañeros de trabajo nuestro ahogo ante las necesidades y carencias en lo privado. Unas ganas de fugarnos del control ordinario nos sobrexcita. Atrevernos a hacer eso sería intentar arrancar la careta falsa de las creencias mayoritarias, de las masas adoctrinadas a las penurias del capital, ésas que encuentran su circunstancial basamento en el valor de la responsabilidad, vociferan con estridencia los personajes supuestamente entendidos en las decisiones trascendentes para el bien común. Ir en contra de ello, dicen dichos personajes, sería dar la espalda al “buen gusto civilizado” y vincularnos con posturas radicales, vecinas de lo indisciplinado y hermanas de la indigencia, la pobreza, la vagancia, sinónimos de irresponsabilidad, pereza; de “gustos groseros”, tan nefastos y retrógrados para las exigencias productivas actuales, donde la competitividad se erige como la reina madre de una economía saludable, —consideran los ingeniosos tecnócratas-publicistas de la desaceleración económica—.

La malsana percepción imaginaria que han conseguido montar los actuales formadores del gusto en torno al poder monetario, nos induce a

pensar que ese llamado "patrón" es el dueño de nuestras vidas, a él nos merecemos, a su sebo monetario complacidos nos sometemos. Retomamos la labor, al tiempo que intuimos que todos estas sentencias lo que en verdad consiguen es apartarnos de conductas o escenarios de crisis en favor del trabajador, en momentos desequilibrantes que motiven abrir las cloacas pestilentes de la fábrica, la empresa, la oficina, el país, de todos aquellos centros de trabajo donde rige el despotismo y la precariedad laboral. Ellos saben que dejar espacio a estas conductas sería de inmediato campo fértil para crítica y la propagación de situaciones límite al interior del centro de trabajo, ocasión para dar rienda suelta a nuestro actuar irreverente, pues se evidenciaría nuestro real valor en toda la cadena productiva. Próceres por ir en la reapropiarnos de nuestras capacidades laborales y vigorosos para negociar nuestro activo laboral, conformarían el peor escenario para el empleador.

Mas el "patrón", insaciable, reorienta su disciplina, nos impone su ley. Ya Diógenes de Sínope, aquel gran "perro", nos dejó ejemplos sobresalientes de actitudes puestas en marcha para desequilibrar cualquier certidumbre convencional y poner en crisis las creencias decimonónicas de la moral burguesa: cuenta el relato que, mientras gozaba del sol tirado de cara al cielo, fue sorprendido por una pregunta imperiosa formulada por Alejandro Magno: "¿Qué te hace falta?", inquirió, al momento que su figura proyectaba su sombra sobre el gozoso filósofo cínico, que de inmediato respondió con total desenfado y con tono de mando al monarca

**¿YA PAREN DE
TRABAJAR
O SE LES VA
A ATROFLAR
EL PENSAR!**

griego: "¡No me hagas sombra!". Actitud tan necesaria ante una actualidad plagada de homenajes desmedidos al servidor público irrisorio (político), capitalista explotador o contra cualquier tipo de artificio ostentoso promotor de algún personaje o grupo de poder.

Derrotados, damos fin a un día más de trabajo, no sin antes desempeñar labores en horario extraordinario, sin pago extra alguno, bajo la amenaza de que, en caso de desobedecer dicha orden, causaremos baja definitiva de la empresa. Vagamos por las calles, tristes y abatidos, con el dejo de haber cedido un poco más de dignidad, otro poco más de vida. Nos preguntamos si estaremos por siempre condenados a este circuito aciago, si el único papel en nuestras vidas consiste en estar absortos a las jurisdicciones y etiquetas confeccionadas por el imperio mediático. Ponderamos. Esto puede ser una prueba fehaciente de que nuestros juicios han sido conquistados por la visión mercantilista que ellos divulgan como subjetividad apropiada, bodrio puesto al servicio de sus "convenientes" juicios de valor, que contribuyen a refirmar su visión prosaica de propietarios del mundo. Nuestro andar se detiene ante un cartel de diseño efectista, pulcramente encapsulado dentro de transparentes cristales, vuelto diáfano por un baño de luz... Queda patente el triunfo de lo aparente sobre lo austero, de lo individual sobre lo colectivo, de la competitividad sobre la solidaridad. La cultura del espectáculo deviene triunfante.

Vemos un lugar de reposo ubicada frente al

centro comercial de consumo acostumbrado, nos dirigimos hacia él con la intención de abrir un espacio de descanso antes de llegar a nuestro destino. Con los ojos fijos en la nada, meditamos sobre lo extremadamente restringido de nuestra vida cotidiana (ya Nietzsche advertía que cualquiera que no disponga de dos tercios de su tiempo en libertad, es un esclavo). Nos quieren conveniente y eternamente confinados a su abreviado concepto de epistémé, mantenernos dóciles y utilitarios, prestos para ser explotados a fin de satisfacer sus requerimientos de producción o, mejor dicho, de sobreproducción. De la nada nuestros ojos se dirigen a aquellas familias que, artificialmente orgullosas y contentas, salen de la tienda con sus compras del día, consumando una nueva sesión de voracidad consumista, de placer autodestructivo con el que llenan de forma efímera los espacios súbitos y lúgubres producidos por el abandono de los ideales. Qué hiriente es reconocernos manipulados hasta en los actos más ordinarios de nuestras vidas por ese glotón omnipresente que son los monopolios globales, que aún ante la destrucción y sobreexplotación a la que han sometido a nuestros recursos naturales, se presentan como grandes filántropos y benefactores de los pobres y necesitados del mundo. Dejamos atrás el lugar de descanso, retomamos nuestro camino, ensimismados pensamos en nuestra opresión. Hacemos las compras al alcance de nuestro bolsillo, más no de nuestras necesidades... Esta suerte de metafísica

postindustrial instrumenta sus necesidades y nos motiva ilusoriamente en cuanto elegimos ser sus herramientas de alta especialización, nos emplazan a ser una pieza más de su implacable e inmutable maquinaria. Esto es más que evidente, éstos son los cuadros dentro de los cuales nos han moldeado en sus escuelas y universidades... Nos irrumpe un vacío, crece un hueco en nuestro estomago, que espera ser llenado con el primer bocado del día. Elegimos comida sin antojo, pues sólo con llenar nuestro hueco estomacal sentimos alivio. Puede que todo concluya en proponernos ser como nuestro admirado "patrón", o como aquel millonario, productor de riqueza que, a costa un país, con la mayor parte de su población en la miseria, desvergonzadamente presume sus posesiones, mientras es defendido e incluso adulado por nosotros mismos; trabajadores sometidos a sus doctrinas anti-obreras.

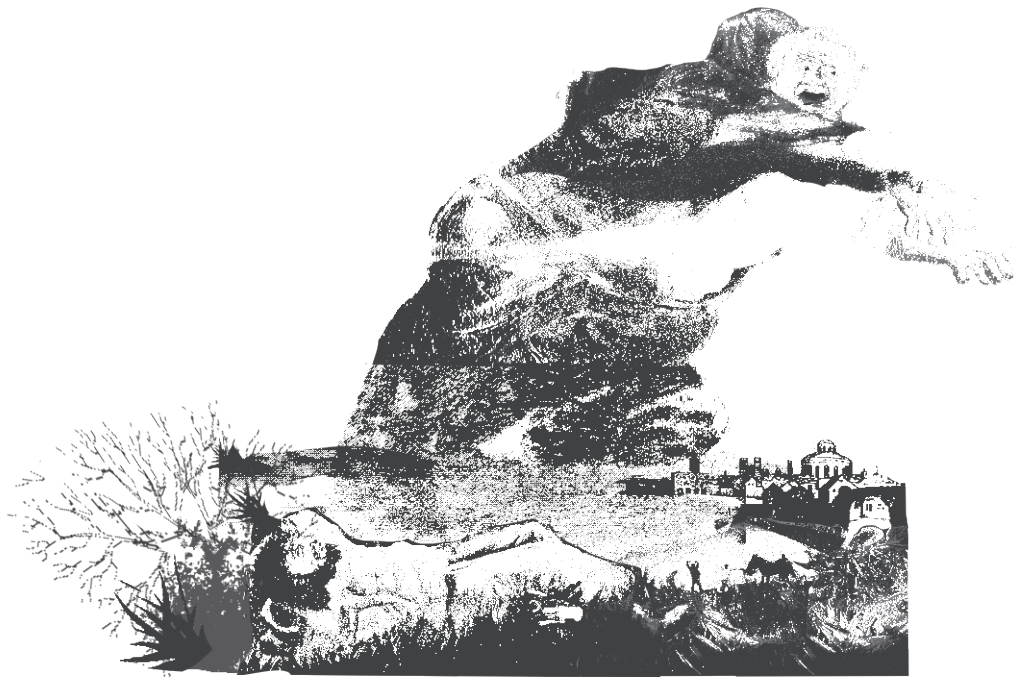
¿Dónde quedaron aquellos anhelos esenciales de infancia, cuando aspirábamos a construir, crear, hacer y ser lo que nos viniera en gana? ¿Es que todo depende del destino azaroso, del linaje familiar, en el cual nos tocó nacer? Tal descendencia constriñe nuestro futuro. ¿Dónde quedaron los espacio del día para cultivar el ocio contemplativo y el esparcimiento familiar? Momentos tan necesarios para crear materia de sueños y arquetipos soberanos, independientes a la ley del mercado, esos en los que buscamos satisfacer nuestras curiosidades elementales y que nos procuran cultura libre e insubordinada a las relaciones de conveniencia entre el creador y el

**¡YA PONTE A
TRABAJAR! Y
NO DEJES DE
IR A VOTAR...**

mercado. Cómo nos gustaría ir en busca del tiempo perdido.

Entre el sueño y la vigilia, en esta noche eterna de imparable actividad de nuestro encéfalo, aquí estamos de nueva cuenta, dando vueltas horizontales sobre nuestro lecho nocturno ¿Seguimos acaso durmiendo la pesadilla de la esperanza?

La noche va aclarando su horizonte, un fuego interior nos aviva, nos alza —subversivos— del hueco del colchón que aplasta nuestro cuerpo. Fuego ardiente que sublima, nos impulsa al encuentro del conflicto, a la lucha directa por conquistar los espacios perdidos. Nos sentamos al filo de la cama... Pensamos: hacer un alto en el camino nos servirá para salir de esta hipnosis enajenante, de este círculo mil veces andado, cual seres pusilánimes que siguen el mismo camino andado por temor a trazar nuevas rutas. En voz alta, gritamos nuestro desvelo: ¡Dejemos claro quién manda en esta casa! ¡Destruyamos el paradigma fervoroso y atroz de orar y laborar! ¡Reunámonos en nuestra diversidad y salgamos a las calles enarbolando un nuevo canon social! ¡Paralicemos las fábricas, las oficinas, los transportes y todos los medios de comunicación! ¡Pongamos un castigo estricto al poder desobediente! ¡Desactivemos esas leyes hechas a su medida! ¡Que ante la pausa insurrecta que es la huelga, los circuitos impunes y cómplices de esa trinidad global —los monopolios globales, sus personeros ejecutivos gubernamentales y la servicial lumpenburguesía empresarial— se perciban estériles, sin sociedad (sin poder) qué conducir! Dejemos muy



el cuerpo social III, fotomontaje digital

claro y ejerzamos, en un contexto que es considerado como axioma democrático, quien es la mayoría en las calles, quien ostenta el poder.

César Sánchez

HUELGA DECIR

gráficas de brazos caídos

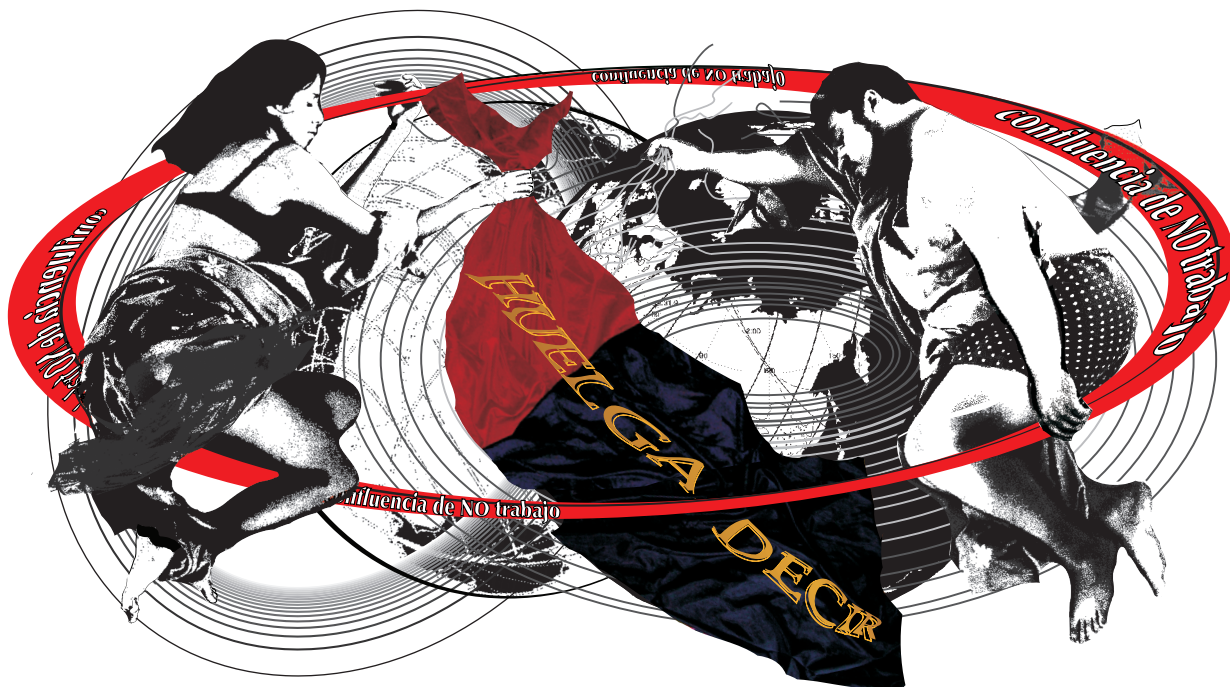
metafísica posindustrial



multitud en brazos caídos



huelga decir



holgar



UTILIDAD

HOLGAR

MÁXIMA

ESPECIALIZACIÓN

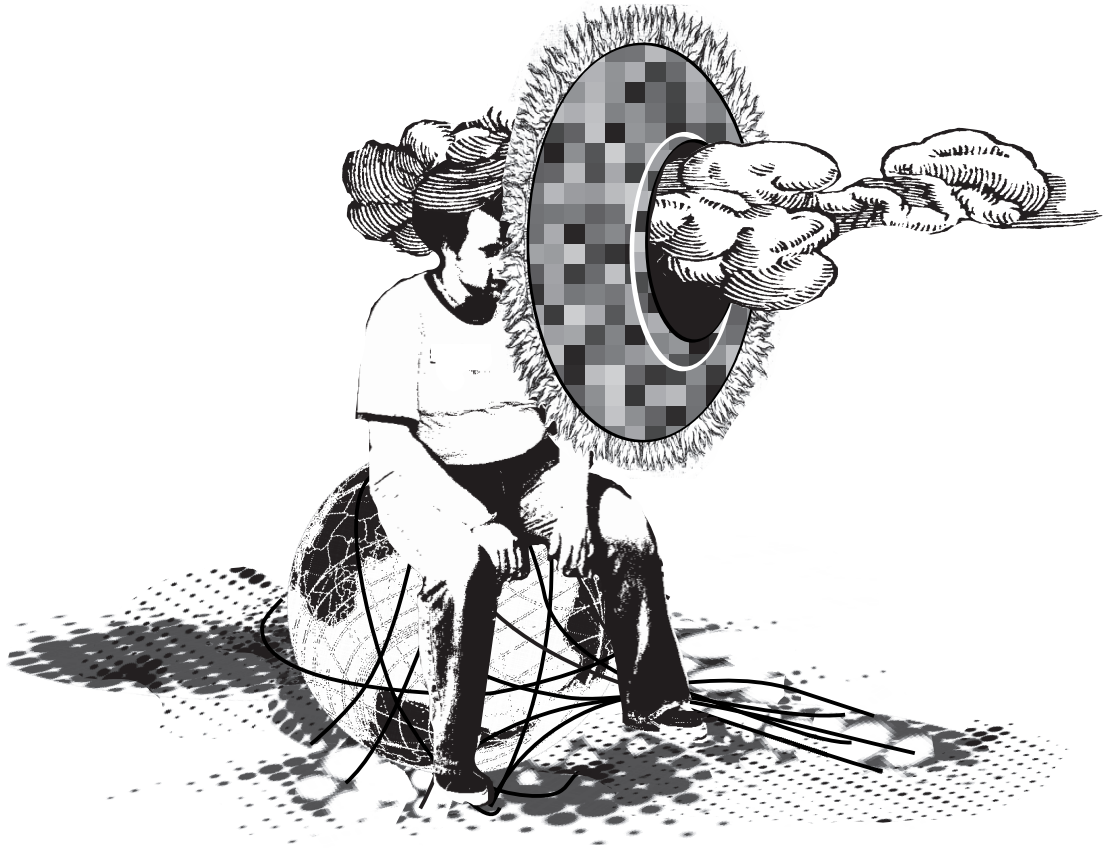
no me quites el sol



anárquico/quínico



un alto en el camino (huelga)

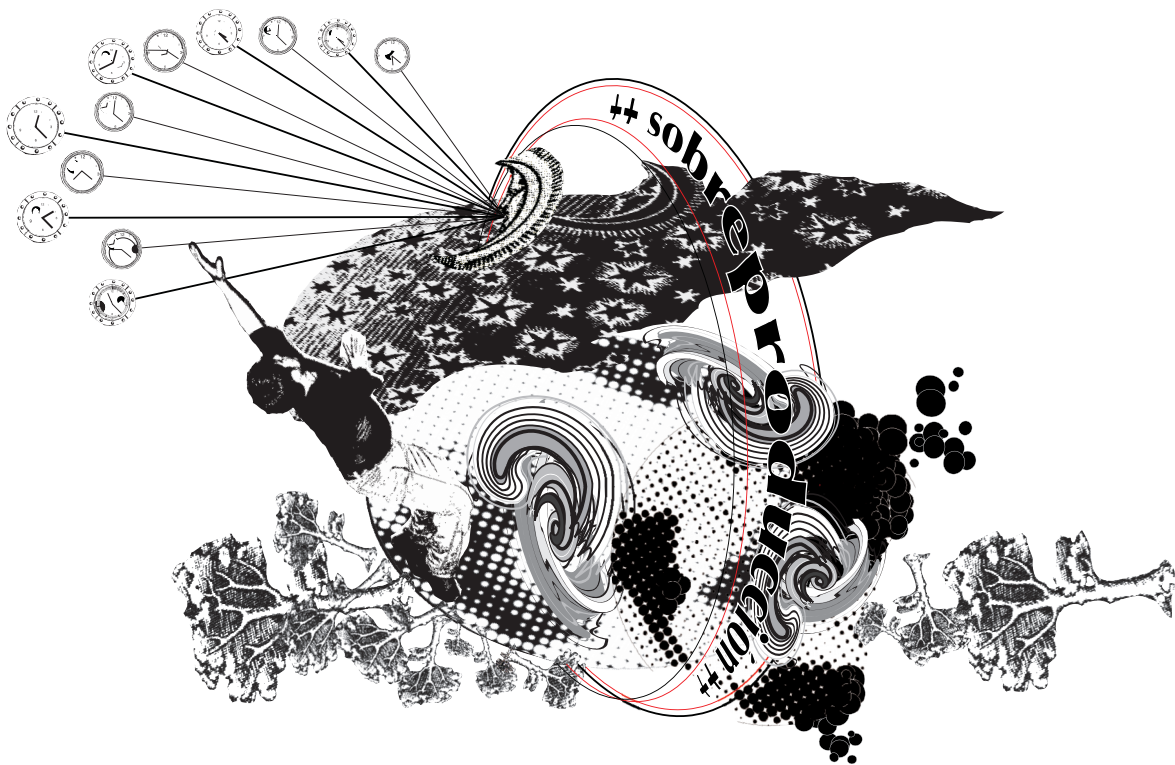


vivir para trabajar o trabajar para vivir



competitividad

en busca del tiempo perdido



renacimiento



Semblanza



Bibliografía

HUELGA DECIR, GRÁFICAS DE BRAZOS
CAÍDOS, de César Sánchez, verano del 2011, ciudad de
México. Se permite la reproducción total o parcial del
presente documento sólo si tiene como finalidad la
divulgación pública de los preceptos contenidos, de
reproducirlo sólo con afanes de lucro económico se
procederá conforme a las normas internacionales de
derecho de autor.



DEVENIR